

**Mary Roldán, *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia - Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología, 2003, 435 páginas. Incluye apéndices, tablas y mapas.**

Habría que comenzar por el título, que tantas y tantas rememoraciones, tantos sentimientos encontrados produce en los colombianos mayores de 60 años. En el acto del lanzamiento la autora nos confesó que se decidió por él por indicación del editor ( un guiño al mercado ) pero que la vez lo encuentra lleno de significación y del todo adecuado al contenido, y al período que abarca. Y lo es. Teóricamente vendría siendo una variante apenas, una variante algo más retórica, de un postulado fundamental de la sociología y la ciencia política moderna: “el monopolio de la violencia legítima”. Quienes lo postulan desde el gobierno a comienzos de los años 50 del siglo XX quieren decir, en principio, que a un orden cuando es legítimo habrá que defenderlo “*a sangre y fuego*”. Pero hablando en colombiano, el asunto resulta siendo muy otra cosa, como sabemos, la consigna es interpretada y aplicada como la liquidación física de los contrarios y el arrasamiento de sus propiedades. Si la directriz es formulada inicialmente a nombre del interés público, termina siendo la privatización de la principal razón de ser del estado, el auge de la justicia y de la seguridad privadas, guiando los recorridos arrasadores de la contrachusma, que, incitada por funcionarios en el poder, e invocando a Dios y a la ley, procede a toda clase de excesos, a la eliminación de todos aquellos a los que percibe como contrarios. Al igual que lo que ocurrió con uno de los aforismos de Nietzsche que tras invocarlo, los seguidores de Laureano Gómez hicieron suyo y a su manera: “*Porque la sangre es espíritu*” ( por cierto : otro título de un excelente trabajo de historiador sobre el mismo período) y que terminara redundando en mucha sangre y poco espíritu.

Con los recursos y posibilidades de una *scholar* norteamericana, pero con la sensibilidad de una colombiana de ésta época, la historiadora Mary Roldán parece responder con su trabajo doctoral, al llamado hecho hace ya varios años, acerca del vacío que existe, todavía, en cuanto a estudios regionales sobre éste problema en el período que abarca.

Y sea que se lo haya propuesto o nó, muchas de las ideas explicativas del libro, están presentadas para ser leídas en clave de presente. La tentación de las analogías es inevitable, y la autora parece llevarnos de la mano hacia ellas. Pero evitándola por el momento, ciñámonos al período en cuestión. En sentido estricto no hay demasiadas novedades en la obra, la mayor parte de las tesis las hemos leído en otros trabajos, lo nuevo viene siendo el tipo de evidencias que aporta, el modo en que se compilan y analizan, y una veta de ellas que explora a fondo: los archivos de la gobernación de Antioquia en estos

años cruciales, testimonios de supervivientes, junto con la subregión que dentro de Antioquia parece atraer más a nuestra historiadora, por ser la menos estudiada hasta ahora: Urrao y su entorno en el suroeste del Departamento

Pues además de circunscribirse al departamento como región, lo subdivide, establece las diferencias geográficas, sociales, políticas, en grados de intensidad de los hechos violentos. En cuanto a aquello de la geografía del problema, el trabajo es pulcro, el criterio es persuasivo, fundamentado. Ella y editor nos hubieran podido ahorrar sin embargo a los lectores colombianos parte de la ampulosidad que es inevitable en una disertación doctoral, pues va en principio dirigida a persuadir a jurados que poco o nada conocen de la historia colombiana. En efecto mucho de la recapitulación y de los anexos, está en función del “consumo externo” son datos, hechos, personajes, que por lo general son relativamente bien conocidos por el colombiano promedio: la traducción no tendría que haber sido literal. Digamos para abreviar que saber en qué consistió el 9 de abril, y quién fue el mártir desencadenante de la jornada, mal que bien está en nuestra memoria colectiva, es un hito compartido.

En todo caso tenemos aquí el lado oscuro de la historia regional. Mientras que en la historia económica, y en la historia cultural y de las empresas, desde Ospina Vásquez por lo menos, los rasgos propios de Antioquia y del antioqueño suelen ser realzados, y nos hemos acostumbrado a un cierto tono de exaltación, aquí se nos presenta, y con minuciosidad, aquello que suele ser olvidado en las exaltaciones acríticas: el parriquialismo, un matiz propio de barbarie, el chovinismo regional en lo que tuvo que ver con atizar las pasiones, con justificar la exclusión más brutal; o de cómo en la Antioquia de la época, y dicho por boca de uno de sus gobernadores, ser cosmopolita es un defecto.

Los testimonios acerca de cómo se va instaurando el tipo más letal de intolerancia, cómo se convierte en mecanismo de gobierno, cómo se argumenta y se procura justificar en los niveles más altos del poder regional, son elocuentes, apabullantes diríamos. Es concluyente la manera secuencial en que vamos entendiendo la polarización de entonces; y en que vamos siguiendo por los pasos contados ese retroceso colombiano a un estadio prehobbesiano de guerra de todos contra todos, pero cuya salida no fue el *Leviathan*, bestia bíblica, sino una bestia más primigenia aún, a la que podría llamarse, como lo hace el poeta, el “*gran Burundún Burundá*”. Hobbes en los trópicos: ! sí señor ¡. Y así vamos.

Se construye una narrativa entonces, la historiadora cuenta con una destreza para ello, se ha formado en un período y en un tipo de escuela en que de seguro al historiador se lo emparenta con el literato, se le insiste en la importancia de trabajar el texto con esmero, de que darle una cierta factura, y en que manejar el verbo con sentido del ritmo de la prosa, y para darle al lector un cierto sentido del paso del tiempo, es parte del oficio. Con

desenvoltura, hace uso amplio de la libertad que le da la escuela para “crear mundos narrativos”. Aun cuando algunos de los recursos puestos en juego resulten efectistas, dramatizantes, como cuando incurre en una fácil contraposición entre el emotivo testimonio de la mujer de un legendario jefe guerrillero, y el informe de un asesor norteamericano de la época, que permanece anónimo, y que se esfuerza en enmarcar el conflicto que está presenciando en la polaridad de la guerra fría.

Y para seguir refiriéndonos a la época y a sus *leitmotivs*, ya al comenzar a leer, y a sabiendas de la impronta de una cierta tendencia, de un cierto lenguaje, temíamos encontrarnos con “el otro”... y apareció. La “alteridad” u “otredad” se ha convertido en efecto en una constante en la literatura antropológica e histórica de unos años a esta parte. Aun cuando no siempre la definición del “otro” esté bien lograda ; que es lo que nos parece en éste caso. Cuando la autora nos había convencido ya que “el otro” era el no antioqueño (el negro chocono, el policía cundiboyacense) a la vuelta de unas páginas resulta siendo el liberal de Girardota o de Urrao y van desfilando una variedad de otros, que nos confunden, y a la vez nos corroboran aquello que dice otro investigador de hoy, en la violencia de entonces, como en la de hoy, no es posible percibir con nitidez antagonismos étnicos, sociales o identitarios (ni siquiera inventados o imaginados, y pese a que la élite antioqueña esté obcecada en pensar que “Antioquia es un Departamento de blancos” -p. 63-) O como lo dice otro antropólogo de hoy, y con fundamento empírico: tras la recurrencia y la diversidad de las violencias colombianas no está el miedo al otro, sino el miedo a sí mismo. Como en el precepto evangélico, el otro es, resulta siendo, nuestra más inmediata semejanza.

Capítulo aparte merece el asunto de la relación entre la Iglesia como institución y la violencia. La autora se esfuerza en encontrar a los curas y jerarcas que en medio de las circunstancias siguieron cumpliendo su misión pastoral con ecuanimidad, y lo consiguen. Había que hacerles justicia. Se destacan el obispo de Santafé de Antioquia, el párroco de Urrao y algunos más, que no toman partido por el poder, no sacralizan la violencia oficial y resisten las presiones de su propia jerarquía con un comportamiento irreprochable que había que rescatar. Es un hallazgo muy oportuno y nos retrotrae al más inmediato presente en que la Iglesia colombiana con su actitud ecuménica, intercongregacional, y dispuesta a la más paciente y perseverante mediación, parece estar lavando esos pecados. Pero había que destacarlo no hasta el punto de olvidar a Monseñor Builes el obispo de Santa Rosa de Osos, hoy en proceso de beatificación y uno de cuyos diáconos de entonces, por cierto, Monseñor Darío Castrillón, es actualmente cardenal, papabile, y jerarca de la Secretaría de Estado del Vaticano. Las homilias de monseñor Builes, sus telegramas y consignas contra el basilisco (sí : esa otra bestia, el basilisco, que

quiere ser metáfora del liberalismo, como en los telegramas que dirige al autor de *Testis Fidelis* ) sus excomuniones y cómo las motivaba, son en todo caso documentos de época, imborrables, insustituibles para la recomposición histórica del tiempo y del lugar.

Dentro de los personajes que desfilan por la historia, y dentro de los rasgos característicos de esa etapa, cobran un realce especial el capitán Franco y la “guerrilla de Pavón”; que ya figuraban con perfiles propios en obras de esos años ( en la polémica *Testis Fidelis* de 1952 le dedican unas cuantas páginas ) así como en algunas historias con enfoque especializado en asuntos militares como la de Russell W. Ramsey -*Guerrilleros y Soldados*-, Tercer Mundo, 1981 ) pues fue de los grupos mejor organizados, y que por cierto sacó provecho de la movilidad, y de las limitaciones de las fuerzas oficiales en cuanto a jurisdicción, pues desarrollan sus acciones ofensivas en Antioquia, pero tienen su retaguardia en el Chocó; aplicando intuitivamente el modo de combatir que mejor se adapta a la fragmentación del país, y que en texto que reseñamos aparece entonces a una nueva luz, gracias a la retrospectiva que es posible ahora, y a nuevos documentos y nuevos testimonios.

La autora adopta un término y una noción introducidos por Herbert Braun para referirse a los acuerdos en la cúpula de los partidos: convivialismo. Connotan una cierta condena moral a ese tipo de acuerdos, y tal vez estén pletóricos de sentido. Pero ¿ no existía ya , en buen castizo connivencia ? ¿ No se la había empleado ya, ampliamente, en la literatura acerca del período como para que hubiera la necesidad de un neologismo ? Y es que además el convivialismo ( de convite ) tiene una connotación jocosa que nos parece no viene al caso. Tal vez en inglés suene mejor, y sea indispensable; pero en buen español, y reitero, en la literatura acerca de esos pactos entre caballeros, de esa coexistencia por arriba mientras el pueblo se mata y se hace matar, connivencia está ya y hubiera bastado. La idea de confabulación que le subyace ya de por sí es una calificación moral ( o ética, si se prefiere ) y en cambio resulta más adecuada pues el asunto en sí fue demasiado sangriento para ser jocoso. Sin proponérselo, la idea de convivialismo resulta excesiva, nihilista.

En resumen estamos frente a un libro docto, doctoral . En el buen sentido, y también en el sentido menos bueno: el aparato erudito indispensable (o lo que todo doctorante tiene que hacer para convencer al jurado ) puede disuadir al lector profano por su minuciosidad y el volumen resultante. Pero el esfuerzo vale, y una vez que se concluye la lectura, no hay dudas acerca de haber aprendido y de haber visualizado cosas nuevas.

**Fernando Cubides**

*Profesor Departamento de Sociología  
Universidad Nacional de Colombia*